EL SONIDO DEL HIERRO

Gerardo Diego

DE pronto, leyendo un libro de versos, encontramos algo que nos llega directo, hondo, como si nos descubriese algo que dormía en lo más profundo de nosotros mismos, algo que hemos podido vivir acaso, acaso olvidar. O quizá soñar, pero con tal intensidad que la memoria se resiste a abandonarlo, a borrarlo, aunque lo deje aletargado bajo capas de arena. Tal me ha sucedido a mí con la lectura de un libro del poeta leonés Antonio Pereira, que lleva el título andariego «Del monte y los caminos». Y libro andariego es, campesino, montés, como de quien según del texto poético se deduce, es hijo de las montañas, tantas noches perdido entre la seda, pero dispuesto siempre al regreso a la fuente, al manantial.

El libro lleva una doble dedicatoria: «A mi padre, que trabaja el hierro», y debajo: «A mi madre.» Implícitamente hay que añadir otras, dos: a mi tierra y a mi oficio, al oficio noble del yunque y a sus derivados. Hoy el hierro ha ascendido de categoría al convertirse en elemento arquitectónico y, lo que es más singular, escultórico. Verdad es que antes ya había artistas del hierro. Esas maravillas forjadas de las rejas góticas y renacentistas cuyo valor simbólico, artístico y religioso ha estudiado en páginas imperecederas Camón Aznar.

La familia Pereira ha trabajado el hierro en la fragua. Su herrería es, al parecer, industrial, artesana, al servicio del hombre y de la vida.

De la vida y del hombre sabe mucho el poeta Antonio Pereira. En su libro, escrito todo él con sobriedad leonesa, que vale tanto como decir castellana, sin lujos verbales, pero con seguro sentido del ritmo y viril elegancia, hay poemas de penetrante emoción como el de "Un niño reciente", la maravilla siempre nueva, o el del cura que sube con la preciosa carga del Viático. El Viático en la montaña, como en el capítulo sublime de «Peñas arriba». O el de la ciudad vislumbrada, lejana, mostrada con la mano al hijo por su padre. Hay poetas brillantes y hay poetas mates Pereira pertenece a esta estirpe como casi todos los jóvenes de hoy. Es muy fácil hablar del falso brillo, pero también se da el mate falso. La falsedad, la falsificación acecha no importa dónde, donde brote del limo un vicioso poeta malo. Dicho esto no tengo inconveniente en añadir que si hay un poeta que no es falso es Pereira, Antonio Pereira. Es hermano, es sobriedad y autenticidad de un Pedro Lezcano, de un

Claudio Rodríguez, de un José Hierro que viene a mi memoria no sé si por apellidarse Hierro (trabajó algún tiempo en una empresa siderúrgica), si bien Hierro es más inevitablemente artista y rico dentro de su sencillez y a veces hasta brilla un poco su verso.

Escuchemos el romance de Antonio Pereira. Yo, que soy enemigo acérrimo de los ruidos, exceptúo de buena gana el de la herrería... cuando no, lo siento demasiado encima.

Cuando descanso los oíos

y voy flotando en el sueño,

lo que escucho todavía

es el sonido del hierro.

Todo sonaba en la tienda

enemiga del silencio:

los clavos sobre el platillo

de la balanza cayendo

y el choque de las caderas

brillantes de los pucheros.

La chapa galvanizada

en altos hornos de fuego

vibraba, curvada y dulce

materia de los calderos.

Las guadañas se escogían

arrancándoles el eco.

¡Todo un bosque de metales

y yo perdido en su centro!

Podré olvidar el color

de las cosas que me vieron

crecer desde los estantes,

pero su canción no puedo.

Lo que sonaba en la tienda

vuelve en la niebla del sueño

tan claro que me pregunto

si estoy soñando despierto.

Observemos, por otra parte, qué bien le va el romance al «sonido del hierro». El romance es nuestro verso natural. Y el son de la fragua -lejano, para que no enfade nuestro ocio o nuestro trabajo- rima maravillosamente con el de la lengua de España, de toda España, aunque naciese en Castilla y antenaciese en León. El español es una lengua de hierro, fina: pero de hierro. Hay otras que son de plata y aun de plomo. Quitarle al castellano su sonido de hierro es tarea dificilísima que de cuando en cuando intentan alguno: grandes poetas en verso o prosa. Es dejarle reducido a un eco, a algo más delgado, más delicadamente armonioso. También hay poetas -los malos- que, por el contrario, se obstinan en endurecer con exceso resistencia y eco de los metales verbales. Son los poetas de bronce de los que Dios nos libre.